

La violencia diseminada

Traverso, Enzo (2007), *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*, París, Stock, 384 páginas.

Andrés Bisso

Docente e Investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), en el Centro de Investigaciones Socio Históricas. Investigador del Conicet.

El profesor italiano Enzo Traverso es un reconocido especialista del siglo veinte europeo. Sus libros sobre el totalitarismo, el antifascismo, la Shoá y la trayectoria de los intelectuales durante la convulsionada primera mitad de la centuria pasada conforman una ya apreciada e inevitable obra referencial en las universidades de nuestro país, donde este autor ha dado a conocer, en repetidas ocasiones, sus estudios y reflexiones.

En esta última obra, aporte que se encuentra a la espera de una pronta edición en castellano en la Argentina, Traverso retoma y revisa en términos personales la extendida noción de «guerra civil europea», la que, popularizada en el ámbito historiográfico por el investigador alemán Ernst Nolte¹ –con quien, por otro lado, Traverso expone sensibles desacuerdos–, fue sin embargo inicialmente acuñada por un pintor alemán en una carta redactada desde el frente de batalla durante la Primera Guerra Mundial y ha sido, luego, frecuentemente reutilizada por sus contemporáneos a lo largo del período analizado.

Capaz de evocar situaciones históricas análogas, como la Guerra de los Treinta Años (1614-1648) y el período

¹ Ver su libro, precisamente intitolado, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Verlag Ullstein GMBH, Frankfurt am Main-Berlin, 1987.

imantado por la Revolución Francesa (1789-1815), en las que los aspectos ideológicos tendieron a primar sobre las lealtades nacionales y cuyos efectos desataron profundas transformaciones sociales, la «guerra civil europea» en el siglo veinte es presentada por Traverso desde una compleja y dinámica visión, que está, sin embargo, continuamente atravesada por un común denominador, advertible ya desde el título del libro: la omnipresencia de la violencia como mecanismo indomable de resolución de los conflictos y desacuerdos. Será la presencia de este factor, impermeable a los pactos y normas del derecho, la que expresará, a los ojos de sus protagonistas y posteriores intérpretes, la recaída del mundo en una nueva –y más dolorosa– especie de *barbarie* y la que diferenciará este período de aquellos antecedentes históricos mencionados. Si durante el siglo diecinueve la Revolución Francesa y sus efectos pudieron ser integrados dentro del proceso civilizatorio, en cambio, «la guerra civil europea del siglo veinte queda grabada en nuestra memoria como una inmensa catástrofe, como la amenaza de un eclipse de la civilización».²

Tratando de explorar en la anatomía de esta guerra civil de escala continental, Traverso describe los procesos históricos que en ella se desarrollan, como la caducidad de las normas convencionales de la lucha social, la aparición de nuevos actores –también *irregulares* en sus formas de actuación bélica–, como son los partisanos, la coexistencia de una violencia denominada *caliente* –de los linchamientos populares– con otra definida como *fría* –aquella perpetrada desde el lejano observatorio de los aeroplanos–, y, por último, la transformación de la figura del dictador contemporáneo hacia una imagen muy diferente de la que había modelado la antigüedad clásica.

En esta extendida guerra civil de poco más de tres décadas, el autor certifica en diferentes contextos geográficos de la Europa convulsionada el desarrollo de repetidas acciones violentas, difíciles de encuadrar bajo los términos de la guerra «convencional», y que tuvieron como principal objetivo quitar al «enemigo» su condición humana. El exterminio «preventivo» del pueblo armenio durante la Primera Guerra Mundial, el *cultural bombing* sobre las villas de tradición medieval (bombardeo realizado tanto por alemanes como por ingleses sobre los tesoros culturales del contrincante), la incitación en panfletos soviéticos a la violación de las mujeres alemanas como «botín legítimo», la deportación de más de cuarenta

² Traverso, Enzo (2007), *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*, París, Stock, p. 57. (Todas las traducciones de las citas de este libro son propias).

millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial son la serie de actos que confirma esta visión de deshumanización y enmarca (y «explica», hasta donde es posible hacerlo) el exterminio de seis millones de judíos en los ghettos y campos de concentración europeos.

Tanto la Paz de Versalles como los juicios de Núremberg se corresponden, en la explicación del autor, con la mencionada imposibilidad de dotar a los diferentes escenarios de posguerra de marcos jurídicos estables y reconocidos de justicia. Así, sus resoluciones parecieran ser, únicamente, la consagración política de la victoria bélica y, en el último caso, la expresión de la necesidad de una verdad negociada entre potencias que pronto se transformarían en enemigas. En esta lógica política, tanto la noción de crímenes contra la humanidad como la mención de la Shoá y el exterminio gitano quedaban encorsetadas y apenas oblicuamente tratadas ante la necesidad de humillar al derrotado, acusándolo de todos los males de la guerra, para conformar así un nuevo orden mundial de vencedores *inocentes*. La atribución a los nazis –por parte de los jueces del Tribunal Militar Internacional de 1945– de los crímenes ocurridos contra la oficialidad polaca en Katyn, en lugar de a sus verdaderos perpetradores soviéticos, es una prueba de ello.

Por otro lado, en una escala social más amplia, los procesos nacionales de posguerra, con activa participación de las diferentes *Resistencias*, no estuvieron tampoco exentos de «irregularidades» similares, y las expresiones de explosión del odio social contenido llevaron el sello de la furia colectiva que las había precedido. El linchamiento popular y extrajudicial de Donato Carrera, al que la multitud confundió con el colaboracionista Pietro Caruso, y las tonsuras y maltratos a miles de mujeres francesas sospechosas de haber tenido relaciones con los soldados alemanes son apenas las postales más curiosas de esa venganza desatada en forma poco juiciosa.

En la segunda parte del libro, Traverso procura dar cuenta de las culturas de guerra surgidas en esos años. La entonces llamada Gran Guerra, con sus millones de muertos, fue la que agudizó un tono de pesimismo, decadencia y nihilismo cultural que la creciente desconfianza en el ilimitado progreso decimonónico había alentado. Todos los esfuerzos intelectuales parecieron estar destinados, en esos años, a dar una respuesta –o, al menos, un refugio– a esa situación de desamparo. En este clima de amplia circulación de imaginarios de la violencia –estructurados en oposición a la racionalidad previamente venerada–, muchos de los contemporáneos que analiza Traverso intentarán ciertas vías de experimenta-

ción cultural y ética ancladas en fenómenos como el de la fiebre chauvinista, la borrachera patriótica, la experiencia sensible de las trincheras, el militarismo, el culto viril de la juventud, que los podía llevar –como en el caso del poeta futurista Filippo Tommaso Marinetti– a sensualizar las máquinas de combate y, como contrapartida, a negar incluso, desde una perspectiva misógina renovada, cualquier vínculo con las mujeres (no identificándolas «siquiera» como meros objetos de la satisfacción de los deseos sexuales).

A este culto de la violencia se le opondrá, desde otros sectores intelectuales corporizados en el amplio registro ideológico que va de Simone Weil a George Bernanos, una fuerte crítica al armamentismo y a la deshumanización bélica y un desarrollo de movimientos pacifistas todavía deudores de la tradición iluminista. Estos sectores, ciertamente minoritarios, tendrán que confrontar no sólo con la estentórea violencia fascista, sino, asimismo, enfrentar una lógica revolucionaria que justificaba –bajo el paraguas de la lucha de clases– los fusilamientos masivos de curas en España y las purgas del estalinismo en la Unión Soviética. Las palabras de Trotsky, citadas por Traverso, pueden dar cuenta de los alcances en la ejercitación y justificación de la *guerra total* y la violencia: «la guerra civil, forma culminante de la lucha de clases, produce la abolición, en forma violenta, de todo lazo moral entre las clases enemigas».³

Como forma final de evaluar esta extendida *normalización* de la violencia y el proceso de *suspensión* de la moral humanista en la Europa de entreguerras, Traverso analizará, en el último capítulo del libro, el complejo y controvertido movimiento intelectual antifascista y, a través de él, la no menos problemática –aunque fuertemente extendida en ese período– noción de intelectual comprometido o *engagé*. En esta descripción, el autor indagará sobre el iluminismo y anti-iluminismo como renovados escenarios de disputa intelectual de la época. En ese sentido, las movilizaciones a los congresos internacionales antifascistas, en París y Valencia, a mediados de la década de treinta, supieron recrear la formación de un círculo intelectual de extensiones internacionales que entendía el antifascismo y la defensa de la república española como formas de defender una cultura y un espacio público europeos en común.

Frente a dicha prédica iluminista del antifascismo, el ejercicio del culto stalinista por parte de muchos intelectuales del movimiento significaba un obstáculo que, aunque pocas veces declarado, se preservaba latente y producía, regularmente,

³ Ibid., p. 297.

cimbronazos al interior del movimiento. Como señala Traverso, «de manera general, el antifascismo consideraba al régimen soviético con cierta complacencia, cuando no con una admiración ciega». ⁴ Tanto Gide, Serge y otros intelectuales que habían recibido sus *galones* antifascistas previamente conocerán los efectos perjudiciales que una crítica al stalinismo podía despertar en el ámbito antifascista unificado. Pero es precisamente al reconocer las contradicciones internas y conflictos en ese punto álgido de constitución de la unidad intelectual contra el fascismo que Traverso logra desmentir la lectura simplificadora de François Furet acerca del antifascismo —en su, por otro lado, indispensable libro *El pasado de una ilusión*— ⁵, cuando lo define como una idea únicamente negativa que no servía más que como fachada de los intentos de expansión del totalitarismo comunista en la Europa occidental.

Como señala Traverso, en el amplio campo del antifascismo se codeaban personalidades bien diferentes dentro de la intelectualidad europea, algunos de los cuales —como Gaetano Salvemini— eran capaces de señalar: «Yo no tendría el derecho de protestar contra la GESTAPO y la OVRA fascista si intentara olvidar que existe una policía política soviética. En Alemania hay campos de concentración, en Italia hay islas transformadas en lugares de detención, y en la Rusia soviética, existe Siberia». ⁶

En síntesis, Enzo Traverso nos restituye con este libro la necesidad de establecer una mirada de complejidad sobre una época que, si bien lamentada y lamentable en cuanto a las millonarias pérdidas humanas (el volumen se cierra, precisamente, con una reflexión acerca del Holocausto), no podrá ser jamás comprendida críticamente bajo la etiqueta que le asigna sumariamente la lógica extemporánea de las actuales democracias de la Europa unificada, portadoras, en gran medida, de una memoria interesada en borrar las huellas profundas de los conflictos civiles que terminaron de transformar el panorama de ese continente hace poco más de sesenta años. El historiador, nos recuerda Traverso, no debería ser un «abogado de la memoria» que sólo condene la violencia pasada sin intentar comprenderla. En ese sentido, el libro aquí reseñado cumple, a nuestro entender, con el objetivo que se impuso su autor.

⁴ Ibid., p. 318.

⁵ Furet, François (1995), *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Robert Laffont/ Calmann-Lévy.

⁶ Traverso, op. cit., p. 321.